

—¿Era así?

—... no, me parece que al revés. —repuso Licaón, con el ceño fruncido.

—Espera, espera, ¿Y este lado?

—No, cariño, te digo que va así.

Él tomó la pequeña pieza del arreglo y la puso entre las demás rosas, a ver si el moño encajaba así. Miró la foto que tenía en la mano, y soltó un bufido. No, no era así. Le echó otro vistazo al arreglo que tenía delante y negó con la cabeza. Dio vuelta la pieza que acababa de colocar, para ponerla tal como Atenea decía. Aparentemente, así tampoco se colocaba.

—¿Y entonces? —preguntó ella, preocupada.

—No sé. A menos que no sea el moño correcto. —repuso él.

—Nada de esto es necesario, cariño... ya me trajiste hasta aquí, tengo dos días de vacaciones y mañana podemos celebrar mi cumpleaños, ¿Sí? Nuestro aniversario. ¿Por qué no lo dejas así...? —ella le quitó con suavidad el moño de la mano y lo puso en el arreglo más o menos como estaba en la foto, aunque no igual— ¿... y nos vamos a la playa?

—Quiero que sea perfecto. —susurró Licaón, haciendo un puchero.

—Lo es. Estás aquí conmigo, y es nuestro primer aniversario. Donde me propusiste matrimonio y en el mismo hotel donde nos quedamos la primera vez, en la misma habitación donde marcaste mi cuerpo. Con las mismas cortinas y la misma cama, y la misma vista... es perfecto así. Porque estás aquí conmigo. Las flores no me importan, en serio. Me importas más tú.

Con serenidad, Atenea le tomó el rostro con las manos y le dio un beso dulce y franco en los labios, reconfortándolo. Él se estaba tomando muchísimas molestias para hacer ese viaje una experiencia inolvidable, como lo fue la primera vez que visitaron aquella ciudad, haciéndolo todo del modo humano. Licaón se estaba esforzando por ser lo más fiel posible en su “recreación” de aquel viaje, hacía ya un año atrás. Aquel 11 de Abril, Atenea no sólo había celebrado uno de sus tantos cumpleaños, sino que había recibido la propuesta de matrimonio de Licaón y se había enterado de que estaba embarazada

de él por segunda vez. Todo en un mismo fin de semana.

De aquellos días felices, nació Niké.

—Pero quiero que sea como la última vez. —repuso él, en un suspiro enamorado contra los labios de su mujer— Y las cortinas no son exactamente del mismo color, si te fijas...

—Licaón, no me importan las cortinas. —sonrió la diosa, riendo como una niña.

—... y la cama...

—La cama está bien. No la usamos mucho la otra vez. Estrenamos todos los rincones de la habitación antes de terminar en la cama. Eso es lo de menos. Lo único que yo deseo que sea exactamente igual, eres tú.

Con otro suspiro largo, Licaón dejó caer un poco la cabeza y puso la foto que tenía en la mano junto a las otras, en el álbum. Eran las fotos que había tomado con su cámara en aquel viaje, sus primeras juntos; en ellas había recuerdos preciosos, felices, muy privados. Al parecer, Licaón pretendía que la habitación estuviera exactamente igual a la última vez que habían estado allí.

—Me has convencido. —contestó él, como un niño regañado.

—No entiendo qué te traes entre manos, ¿por qué de pronto quieres hacer esto? Es sólo un fin de semana de vacaciones.

—Es importante, princesa, porque es un ritual, ¿Entiendes? Algo que hacer todos los años, visitar el sitio donde nos casamos, y donde nos enteramos de que venía Niké en camino... es como una ceremonia privada. —explicó él, un poco temiendo que a la mujer le causara gracia su idea— Acontes tiene rituales en su manada, para todo. Para las parejas unidas y los nacimientos, los bautizos, las bodas, la despedida de los muertos... si nosotros de algún modo estamos empezando nuestra “manada”, ¿por qué no empezar a levantar algunos ritos de nuestra autoría?

Atenea sonrió, enternecida, y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—¿Por qué eres tan dulce, mi milagro? —le dijo.

—No es gracioso, vamos... —empezó Licaón, algo reacio.

—No me estaba riendo. Me parece que tu idea es muy tierna, y estoy muy de acuerdo en crear nuestros propios rituales, pero creo que no siempre vamos a tener este lugar, en cien años, puede que este edificio ya no exista, ¿no crees?... ¿Por qué no mejor otra

cosa? Como dedicarnos el día sólo para nosotros, que sea especial. Ya tengo varios planes en mente.

Volvió a dejarle un beso sobre los labios, que él respondió de inmediato, y lo envolvió con sus brazos para sentarse a horcajadas sobre su regazo. Se apartó para verle los ojos, de ese color zafiro tan profundo y precioso, y le sonrió.

—¿Te dije que tus planes me dan miedo? —bromeó Licaón, de buen humor.

—Pero bien que te gustan.

—Eso no lo puedo negar.

Atenea volvió a besarle y le sopló algunas palabras en el oído, esas “ideas” que se le habían ocurrido. Supo que él las estaba aceptando de buen grado cuando sintió que sus brazos se le cerraban más y más alrededor de la cintura, y que unos gruñidos complacidos salían de su garganta. Oh, sí. Le gustaban mucho. Licaón escondió el rostro en el cuello de la mujer, mientras ella le seguía hablando, y la sonrisa en sus labios se amplió un poco más. La diosa terminó sus proposiciones con un beso sobre el oído de su esposo, y descansó un momento en su abrazo, pensativa.

—¿Qué estará haciendo Niké? —se le ocurrió preguntar, como si nada.

—¿No que era un fin de semana sólo para nosotros dos? —se rió él, encantado.

Atenea lo miró con el ceño fruncido.

—Es que simplemente no puedo dejar de pensar en mi bebé. ¿Estará bien? ¿O la está haciendo renegar a Frosy? ¿Come bien, duerme bien? ¿Le gusta que Frosy la bañe? No, no...

Licaón gruñó algo y le besó el cuello, con pleitesía.

—Ya la hemos dejado sola con Frosy antes. —le recordó.

—Pero nunca por casi tres días...

—¿Atenea?

—¿Qué?

—¿Quieres que vuelva a lo del moño y la cortina? Porque puedo ponerme así de caprichoso como tú, eh. —le dijo, con una sonrisa burlona. Ella hizo un leve puchero y para tranquilizarla, le volvió a besar el cuello, lamiendo su piel del modo que a Atenea

le gustaba más— Me parecía. Entonces, sobre nuestro aniversario y lo que vamos a hacer...

—Me gusta tu idea. Una ceremonia, sólo para nosotros dos.

—Obviamente te gusta, fue MI idea. ¿Qué tenías en mente?

—¿Ahora quieres saber más? —se rió ella, divertida.

—... pero mi idea se terminaba en recrear todo exactamente igual a lo que fue ese fin de semana, el año pasado. Ahora tengo que volver a pensar en algo más. ¿Qué tal si sólo...? ¿Si salimos a cenar, y te vuelvo a pedir que te cases conmigo? Eso iría muy bien con todo lo que me dijiste hace un rato.

—... ¿Y haríamos eso todos los años?

—Claro. —Licaón asintió con la cabeza, olfateando el dulce aroma de su hembra, y se embriagó un momento de su esencia— Una boda simbólica y una noche de bodas no tan simbólica, todos los años. ¿A que sí?

Atenea se volvió a reír y le dio unos pequeños besitos por el lado derecho del rostro, aceptando de buen grado la propuesta. Terminó con un beso más profundo en sus labios, para sellar el compromiso.

—Me encanta. —dijo la diosa, en un suspiro contra su boca.

—Podríamos hacerlo en cualquier parte del mundo, no sólo aquí... total, tu queridísimo hermano Hermes paga. El año que viene iremos a París. Y lo haremos todo a la humana, para que sea más divertido.

—Hmm... —Atenea estuvo muy de acuerdo, complacida con las caricias de él.

—No me des tantas libertades, princesa. ¿No vas a aportar nada al rito?

—... aportaré todo mi amor por ti. ¿Es suficiente?

Licaón se apartó un instante para observar su mirada ámbar, llena de gracia e inteligencia.

—... de verdad, no te merezco. —suspiró.

—Oh, por favor. —ella puso los ojos en blanco, riendo.

Volvieron a reír, juntos, y sellaron la promesa con otro beso. Tal como Licaón lo dijo, al

año siguiente repitieron la promesa en París bajo las luces de la Torre Eiffel, con dos anillos hechos por Hefesto y diseñados para no convertirse en anillos de consorte. Cada año agregaban un nuevo par de anillos a la colección y una nueva postal para recordar un nuevo cuarto de hotel, una nueva ciudad.

Lo único que siempre seguía como al principio, eran ellos dos y los sentimientos compartidos.